

ME ATREVO A CONTAR MI HISTORIA

Lunita

Nací el 19 de diciembre de 1962 y soy la cuarta de cinco hermanos, hija de María de la Luz (madre soltera). Mi madre, sin recursos económicos, lavaba y planchaba ajeno para alimentar pobremente a sus cinco hijos. Enfermó entonces de cáncer en la matriz, y pensando que si la operaban ya no sería mujer y no serviría, prefirió soportar los intensos dolores, y en su pobreza e ignorancia amamantaba a sus hijos más tiempo del necesario para calmarles el hambre. Tenía yo seis años y me estaba amamantando cuando ella murió; se quedó como dormida. Al quedar huérfanos mis hermanos y yo, el hambre nos hizo pedir limosna y vagar por las calles, pues nadie se compadeció para recogernos.

Sin entender lo sucedido, les preguntaba a mis hermanos cuándo despertaría mi mamá, pues tenía hambre. Así supe que había muerto, y mi hermano mayor me llevó con mi madrina de confirmación, Domitila; a partir de entonces empezó mi infierno. Me daba malos tratos y me forzaba a hacer los trabajos domésticos, a lavar los chiqueros y a acarrear agua del pozo, lo que a mi corta edad era muy pesado. Me obligaba con golpes, y al terminar el día, muy cansada, recordaba a mi madre y lloraba hasta que el sueño me vencía. Unos de los castigos que me ponía era hincarme en un cuarto con las manos en alto, sosteniendo un ladrillo en cada una, durante dos horas, o me daba a tomar orines, así como golpes con la escoba hasta quebrarla.

Yo, en mi inocencia, pensaba que todo lo que hacía conmigo era para educarme, pues eso me decía, así que yo se lo agradecía. Después de seis meses de encierro y maltrato, un día de Navidad, mientras lavaba los trastes, se me cayó un plato y se quebró. Por ser Navidad, ese día no me golpeó, sólo me mandó a mi cuarto sin cenar y ella se quedó tomando hasta emborracharse, como de costumbre. Ya muy noche me quedé dormida, llorando y con hambre, cuando de pronto, entre sueños, sentí que me acariciaban. Imaginé que era mi madre consolándome, pero cuando abrí los ojos vi con terror a mi madrina Domitila, borracha, con la mirada desorbitada, tocando todo mi cuerpo, incluyendo mis partes íntimas, con brusquedad. Sentí miedo, pues sabía lo que pensaba. Sólo me solté llorando sin parar hasta que me dejó para irse a dormir. Por la mañana, al despertar, empezaba el miedo por temor a sus castigos. A la semana siguiente, para Año Nuevo, me mandó que me bañara. Al poco rato entró ella, y a gritos y con malos modos empezó a tallar todo mi cuerpo enérgicamente, hasta hacerme llorar. Por la noche volvió a entrar a mi cuarto y a manosearme con desesperación, chupeteando y mordiendo mis partes íntimas; incluso me introdujo una vela y me hizo sangrar. Yo sólo sabía que me dolía, y al ver la sangre creí que iba a morir. Antes de salir de mi cuarto me amenazó, advirtiéndome que no dijera nada.

Así pasaron más de cuatro meses en los que me violaba a menudo. Fue entonces cuando mi miedo ya no era tanto al amanecer sino cuando anochecía, pues sabía lo que me esperaba. Al acostarme me tapaba toda y apretaba las piernas, pero de nada valía. Un día llegó a la casa mi madrina de bautizo, y al darse cuenta de que yo tenía piojos, me metió a bañar. Al ver mi cuerpo desnudo, vio los golpes, los chupetones entre las piernas y las mordidas. Me preguntó quién había hecho eso. Le dije la verdad. Se asustó, y para no meterse en problemas, decidió irse, no sin antes decirle a Domitila que ya sabía lo que estaba haciendo conmigo. Mi madrina lo negó.

Un día en que mi madrina salió al mercado, llegó su hermano mientras yo me bañaba. Se metió y me violó también. Yo no aguantaba más los castigos y el sufrimiento de cada noche, así que esperé un descuido de mi madrina para escaparme. Busqué a mi tía María hasta que la encontré; me vio enferma y me recibió en su casa. Me dijo que tenía fiebre y que olía mal. Le conté que me ardían mucho mis partes e inmediatamente me revisó. Se dio cuenta de que tenía roto hasta el ano y que estaba toda infectada, así que me llevó al Centro de Salud. Allí la interrogaron sobre la clase de animal que había cometido esa violación. Las señoritas de trabajo social y una psicóloga me preguntaron, y les conté de mi madrina Domitila. Le aconsejaron a mi tía que pusiera una denuncia, y lo hizo, pero las autoridades nos ignoraron.

Pasó el tiempo, y a la edad de doce años unas amigas del mercado me invitaron a una fiesta, diciéndome que habría pastel y globos. Gustosa fui con ellas y, efectivamente, el lugar estaba lleno de globos y había un pastel muy grande. Vi que todos empezaron a beber y que no había niños, sólo muchas botellas de vino. Les pregunté a mis amigas a qué hora repartirían el pastel, y una de ellas me dio una cerveza y me dijo: “Cuando te la tomes, partirán el pastel”. Por el gusto del pastel me tomé la cerveza, pero ya no supe de mí y, para mi sorpresa, desperté en un hotel con Elías, uno de los meseros. Después seguí yendo al mismo lugar (burdel), pues mis amigas me dijeron que si me tomaba una cerveza a diario, me darían dinero. Yo acepté, y Elías me llevaba y me traía. También era él quien me buscaba los clientes, me drogaba y abusaba de mí. Me compraba ropa, pero él era el que cobraba (padrote). Me embarazó y no quería que tuviera al niño; me golpeaba para provocarme un aborto y hasta quiso matarme. Entonces luché por mi bebé y quise cambiar de vida, tener un esposo y una familia. A los catorce años conocí a Carlos, el que ahora es mi esposo, pero mi ilusión sólo fue eso. Él es adicto y mujeriego, y cuando viví con él me drogaba al grado de inyectarme

cocaína, y ya intoxicada, yo acataba sus órdenes. Un día me dijo que le partiera su madre a una vecina, y yo, obediente, la golpeé todo lo que pude. Él me gritaba: “¡Dale duro, máatala!”, y de tanto golpearla, Carlos dice que la maté. Desde ese día juré no volver a pelearme, pero Carlos me ha mantenido amenazada. Varias veces quise dejarlo, pero siempre me encontraba y me obligaba a volver con él. La vida era droga y alcohol. Mi primer hijo murió al nacer a causa de los golpes que me daba y por la droga. Así soporté veintiséis años con él, hasta que cayó en el Cereso por robo. Yo tenía que visitarlo, y me ordenaba llevarle mariguana para su consumo. Su machismo o egoísmo hizo que me detuvieran por introducción de droga, por acusación de él mismo, por lo que también quedé presa, continuando mi infierno cerca de él y privada de mi libertad. Estando aquí, me prohibía trabajar, estudiar y salir del dormitorio, al grado que intenté suicidarme. Me atendieron psicológicamente, y con la misma amenaza y chantaje de siempre (que maté a una mujer), me obligó a casarme con él por lo civil y por la iglesia a principios de 1999. Mi vida con él fue peor, me obligaba a ir a visita íntima y me golpeaba y violaba a su antojo.

Hasta hace cinco meses que lo trasladaron de Cereso, empecé a trabajar en tejido de rafia, elaboración de velas, repujado y armado de pinzas para ropa, y también a participar en los cursos que imparten en esta institución, como éste... Ya me valoro, ya me quiero y tomo mis propias decisiones; lucho por la vida y trabajo honradamente por mis hijos.

Al fin soy feliz y libre en este lugar.

Centro de Readaptación Social
León, Guanajuato